

Terontología saussureana: lo que Derrida no leyó en el *Curso de lingüística general*

Saussurean Terontology: The Things that Derrida Didn't Read in the *Course in general linguistics*

Patrice Maniglier¹ es doctor en filosofía y docente de la Université Paris Nanterre. Es autor, entre otros, de *La vie énigmatique des signes. Saussure et la naissance du structuralisme* (Non & Non, Léo Scheer, París, 2006). Es uno de los directores de la colección "Méta-physiques" de la editorial Presses Universitaires de France.

PATRICE MANIGLIER

(UNIVERSITÉ PARIS NANTERRE - FRANCIA)

TRADUCCIÓN DE MANUEL KERI

REVISIÓN PEDRO KARCZMARCZYK

¹ Sobre Patrice Maniglier, cf. la reseña de *Manifiesto por un comparativismo superior en filosofía*, en este mismo número, pp. 278-286

Recibido el 1 de agosto de 2020 – Aceptado el 1 de septiembre de 2020

RESUMEN: El presente texto es una traducción de un capítulo aparecido en *Le moment philosophique des années 1960 en France* (París, PUF, 2011) del filósofo francés Patrice Maniglier. En él se aborda la lectura del *Curso de lingüística general* de Saussure desarrollada por Jacques Derrida en el segundo capítulo de *De la gramatología*. El autor propone contrastar la lectura derrideana con la evidencia textual que se puede hallar en los manuscritos de Ferdinand de Saussure aparecidos luego de la publicación del trabajo de Derrida. La hipótesis es que estos manuscritos revelan que los problemas teóricos que aborda Saussure tienen su origen en la tradición comparatista, en la cual Derrida se ve involucrado sin saberlo. De esta manera, el descubrimiento del estructuralismo no se vincula con el carácter diferencial del signo, sino con la caracterización del lenguaje como un objeto cuyo ser consiste en la variación. En otras palabras, el asunto con el que se enfrenta la lingüística saussureana no es el de la identidad y de la diferencia, como creía Derrida, sino el de lo uno y lo múltiple. Pero para abordar este asunto la noción derridiana de *archi-huella* no resulta la más adecuada.

PALABRAS CLAVE: Derrida – Saussure – lingüística – estructuralismo

ABSTRACT: This text is a translation of a chapter from Patrice Maniglier (ed.) *Le moment philosophique des années 1960 en France* (París, PUF, 2011) by the French philosopher Patrice Maniglier. It considers the reading of Saussure's *Course in General Linguistics* developed by Jacques Derrida in *Of grammatology's* second chapter. The author aims to compare Derrida's reading with the textual evidence available in Ferdinand de Saussure's manuscripts found after the publication of Derrida's book. The hypothesis is that these manuscripts reveal that the theoretical problems that occupy Saussure originate in the comparatist tradition, to which Derrida is unknowingly attached. Thus, structuralism's main discovery is not related to the differential status of the sign but rather to the characterization of language as an object whose being consists in variation. This means that Saussurean linguistics is not confronted, as Derrida believed, with the issues of identity and difference, but instead with the problem of the one and its relation with the multiple. In order to account for this problem, the Derridean notion of *arche-trace* is not the best fitted.

KEY WORDS: Derrida – Saussure – linguistics – structuralism

Intentaremos aquí leer un texto donde lo que está en cuestión es precisamente la lectura –un texto que se presenta incluso como una defensa y una ilustración de una cierta *práctica* de la lectura filosófica: se trata del capítulo II de *De la gramatología* de Jacques Derrida, el cual propone una lectura del capítulo VI de la introducción del *Curso de lingüística general*, donde Saussure considera a título preliminar la cuestión de la escritura. Derrida muestra allí la singularidad e incluso la anomalía de este capítulo en el seno del dispositivo conceptual establecido por el *Curso*. Ve en el mismo el síntoma de un problema que “la aventura estructuralista” (como la ha denominado Barthes) revela y deja escapar en un mismo movimiento.

Considero que estas páginas de Derrida son esenciales para comprender aquello que hace de los años sesenta un auténtico momento filosófico. No, sin embargo, debido a que este capítulo haya sido considerado durante mucho tiempo como aquel que operó el pasaje desde

el “estructuralismo” al “postestructuralismo”, desde las “filosofías de la estructura” a las “filosofías de la diferencia”. Pues lo que tiene de más característico es más bien la manera en la cual pone en evidencia ese movimiento oscilante que anima de manera esencial al “estructuralismo”: comprender la apuesta filosófica de las investigaciones asociadas a este movimiento en las ciencias humanas y, en primer lugar, en la lingüística, exige poner de manifiesto una suerte de exceso de su descubrimiento respecto de los recursos conceptuales con los cuales la misma se expresaba. Se hace posible, de este modo, apresar el punto de inestabilidad más esencial de esta década, aquello que la unifica al dividirla no solamente en diferentes fases históricas, sino también en diferentes tentativas disyuntas. Un momento filosófico no podría ser simplemente una época a la cual podríamos definir por un cierto número de tesis o de presupuestos; es siempre la apertura de un pensamiento que solicita incesantemente ser recuperado, y que sólo puede ser recuperado al ser renovado. De esta repetición creadora, que fue por lo demás uno de los grandes objetos de los análisis estructurales, el texto de Derrida proporciona una ilustración paradigmática, proponiendo simultáneamente una profunda interpretación de la misma.

Para poder apresarla, sin embargo, querría confrontar el texto de Derrida con un texto diferente que el que este ha comentado, un texto que, de hecho, él no pudo leer, pues no había sido publicado: quiero hablar de las huellas relativamente fragmentarias que poseemos del discurso, de la enseñanza, del trabajo de Ferdinand de Saussure, a partir de los cuales los editores del *Curso de lingüística general* constituyeron su libro apócrifo. Aunque sólo disponemos de este corpus desde hace poco,¹ su puesta a disposición ha provocado ya numerosas interpretaciones nuevas del acontecimiento Saussure.² Se tratará aquí de evaluar el efecto retroactivo sobre la reinter-

¹ La primera obra que brindó una idea de las “fuentes manuscritas” del *Curso de lingüística general* es Godel, Robert, *Les sources manuscrites du Cours de linguistique générale de F. de Saussure*, Ginebra-París, Droz-Minard, 1957. Desde entonces se debe señalar sobre todo la edición crítica de Rudolf Engler (Saussure, Ferdinand, *Cours de linguistique générale (tome 1)*, Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1967 y Saussure, Ferdinand, *Cours de linguistique générale (tome 2)*, edición crítica de Rudolf Engler, Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1974) y la publicación de textos recientemente descubiertos en Saussure, Ferdinand, *Écrits de linguistique générale*, París, Gallimard, 2002 [*Escritos sobre lingüística general*, trad. de Clara Ubaldina Lorda Mur, Barcelona, Gedisa, 2004] y en Bouquet, Simon (dir.), *Saussure*, París, Éditions de l'Herne, 2003.

² Cf., entre muchos otros, Bouquet, Simon, *Introduction à la lecture de Saussure*, París, Payot & Rivages, coll. «Bibliothèque scientifique Payot», 1997; Bouquet, Simon, *Saussure, op. cit.*; Fehr, Johannes, *Saussure entre linguistique et sémiologie*, trad. fr. Pierre Caussat,

pretación de los años sesenta.

Evidentemente, al proponer esta lectura tengo presente las advertencias sobre la naturaleza misma del texto que están en el corazón del capítulo de Derrida. No deseo tanto discutir la lectura de Derrida como comprender un movimiento que la envuelve al mismo tiempo que ella lo produce sin necesariamente comprenderlo bien, un movimiento que viene de más lejos que ella y que toma también otras formas. En resumen, deseo comprender algo del momento filosófico de los años sesenta, que yo caracterizaría de buen grado así: como la infatigable tentativa por reescribir el libro que Saussure mismo, por razones esenciales, no pudo escribir. Situar la deconstrucción en la escritura interminable de este libro imposible es comenzar este trabajo de relectura de los años sesenta, del cual me parece que tenemos necesidad hoy en día, para buscar allí el epicentro siempre activo de la pregunta que este momento nos dirige.

1. Deconstruir, dice él

De la gramatología se abre con la discusión de una hipótesis: la de una ciencia de la escritura, y de su relación eventual con el proyecto de constituir al lenguaje en el objeto de una ciencia positiva, tal como se supone que fue expuesta por Ferdinand de Saussure en el *Curso de lingüística general*. Este último intenta él mismo mostrar que este proyecto, el proyecto *lingüístico*, encuentra su condición de posibilidad en su inscripción en el seno de un proyecto más vasto, el de la *semiología*, definida como la “ciencia de la vida de los signos en la vida social”. Es sabido que, sin embargo, Derrida detecta inmediatamente una paradoja: la escritura, lejos de ofrecerse a la semiología como un objeto teórico natural, aparece como un objeto devaluado, secundario, incluso perturbador: el verdadero objeto de las ciencias del lenguaje sería el lenguaje *hablado*. Aún más, la oralidad constituiría lo *real* del lenguaje, su zócalo ontológico, y la escritura funcionaría como un representante usurpador que termina por hacerse pasar por aquello que él representa.

Derrida relee complacido el capítulo de Saussure para poner en evidencia allí la verdadera *condena* de la escritura a la cual el maestro de Ginebra procedería con acentos de predicador calvinista. Por una parte, la escritura perjudica al estudio científico de la lengua, porque en tal caso los lingüistas ya no estudian la cosa en forma directa, sino su “imagen”.³ Pero, por otra parte, ella corrompe al objeto mismo, al modificar la evolución de la lengua, cuando los sujetos hablantes se ponen a decir una palabra tal como esta se escribe. Así, *Lefèvre*, que tiene una ortografía erudita *Lefebvre*, termina por leerse *Lefébure*,⁴ o *vingt* acaba por pronunciarse haciendo sonar la *t* final, lo cual nos parece natural hoy en día, pero es el resultado de una reforma ortográfica. Saussure califica estos fenómenos de “patológicos” y “teratológicos”, en el sentido de que presentan casos de evolución fonética que no siguen para nada las leyes de la evolución de la fonética histórica: mientras que se pueden exponer las mutaciones fonéticas generales que llevan a pasar, por ejemplo, de *caballus* a *cheval*, no hay ninguna razón inmanente a la lengua hablada para que *le faber* devenga *lefébure*.

Derrida no se demora en el hecho de que esta doble argumentación parece en verdad estar en contradicción consigo misma, porque después de todo, el hecho de que la escritura intervenga en la historia misma del lenguaje, prueba suficientemente que tiene sentido tomarla en cuenta en el estudio de este último. Le interesa más profundamente el hecho de que los motivos de esta puesta en cuarentena que Saussure profesa parecen entrar en contradicción directa con la definición misma del signo que construye en otra parte. En efecto, sólo puede ser en nombre de una concepción preestructuralista del signo, la cual quiere que la escritura *represente* la palabra a título de “imagen”, que Saussure procede a su condena. Se produce desde entonces un movimiento que pronto devendrá el ejemplo canónico de todo proceso deconstructivo.⁵ Se trata de mostrar que este objeto derivado que es la escritura funciona en realidad, en otro nivel, como el modelo originario que permite hacer de la propia len-

París, PUF, 2000; Utaker, Arild, *La Philosophie du langage, une anthropologie saussurienne*, coll. «Pratiques théoriques», París, PUF, 2002; Maniglier, Patrice, *La Vie énigmatique des signes. Saussure et la naissance du structuralisme*, París, Léo Scheer, 2006.

³ Saussure, Ferdinand, *Cours de linguistique générale*, París, Payot, 1972 [1916] [*Curso de lingüística general*, trad. Amado Alonso, Buenos Aires, Losada, 2012] (en adelante abreviado CLG), p. 51 [trad. cast., p. 88]; cf. también *ibid.*, p. 55 [trad. cast., p. 91].

⁴ CLG, pp. 53-54 [trad. cast., p. 90].

⁵ Cf. Derrida, Jacques, *Positions*, París, Les Éditions de Minuits, 1972, pp. 56-58.

gua hablada un objeto teórico. No solamente, en efecto, es siempre la *letra* lo que Saussure ofrece como ejemplo de signo;⁶ no solamente la semiología tiene sentido a condición de que la lengua sea, como dice Saussure, “comparable” a la escritura y a otros sistemas de signos; sino que, más profundamente, la afirmación del carácter en última instancia “formal”, “algebraico” y “de ningún modo fónico” de la lengua muestra que solamente a condición de considerarla como una suerte de escritura los fonemas lingüísticos pueden ser constituidos como objetos de una ciencia rigurosa. El error de los lingüistas, según Saussure, consiste en no haber visto que la lengua no se confunde con la sustancia fonética o acústica, no haber visto que, en la parte “significante” del lenguaje, hay una dimensión inmaterial o, como él mismo lo dice, “incorpórea”, y que las unidades de la lengua no deben ser definidas en términos positivos, como tipos empíricos de sonidos, sino como términos opositivos cuya realización en tal o cual sustancia (gráfica o acústica o articulatoria o gestual, etc.) aparece a partir de entonces como contingente. De hecho, es precisamente este programa el que dará lugar a toda la fonología estructural, de la cual se puede pensar, justamente, que fue la verdadera demostración de la fecundidad teórica de las hipótesis de Saussure.⁷

Pero Derrida no se detiene allí. Quiere mostrar que este concepto de escritura define al objeto de la ciencia de los signos al mismo tiempo que, por las mismas razones, no puede más que sustraerse constantemente de ella. Es toda la apuesta de la notable lectura que hace de Hjelmslev y de los trabajos del círculo de Copenhague, que constituyen la culminación más sistemática del proyecto saussureano de constituir la lengua como pura “forma”, independiente de toda sustancia. De hecho, Hjelmslev asume tranquilamente que no hay ningún primado de la oralidad sobre la escritura, y que ésta debe ser un objeto de estudio autónomo para el semiólogo. Pero Derrida hace notar que la escritura no puede ser concebida como derivada de la oralidad, ni como completamente independiente de ella, pues ella es más bien la condición de la misma: hay una dimensión gramática en el habla (*parole*), si es cierto que esta última se encuentra constituida por puras puntuaciones diferenciales. Si no hay que

⁶ CLG, p. 165 [trad. cast., p. 222].

⁷ Cf. Milner, Jean-Claude, *Le périple structurel. Figures et paradigmes*, París, Éditions du Seuil, 2002 [*El periplo estructural*, trad. de Irene Agoff, Buenos Aires, Amorrortu, 2003].

seguir definiendo al signo por la propiedad de reenviar a una cosa (el signo como nomenclatura), sino por el conjunto de las diferencias por las cuales se opone a otros signos horizontalmente, entonces se ve que el signo es siempre no solamente un *significante de significante* –lo cual corresponde ya a una definición bastante intuitiva de la escritura–, sino incluso una pura *marca posicional*: el signo es huella instituida de una diferencia a realizar, volviéndose desde entonces relativamente contingentes los términos positivos que serán distinguidos. Como prueba de ello, la *r* francesa puede ser pronunciada de manera fuerte o de manera gutural, y ello no hace perder la diferencia interviniente. Hablar una lengua es disponer de un tal sistema de huellas, y no otra cosa.⁸

Todo ocurre entonces como si hiciera falta tener ya una cierta relación con la posibilidad de la escritura, en el sentido de la huella pura, para poder hablar. Pero, en tal caso, hace notar Derrida, esta noción de escritura no podría ser confundida con los sistemas gráficos inventados por los humanos en relación a su actividad lingüística. Ella no es tanto un concepto empírico como un concepto trascendental (o, más exactamente, cuasi trascendental, dado que sólo puede funcionar como origen al negar sin cesar la posibilidad de un origen, al hacer de la estructura de reenvíos el origen mismo del lenguaje y del sentido). Es para designar esta situación de la escritura que Derrida introduce el concepto de *archi-escritura* o de *archi-huella*. En efecto, la huella no es una cosa que tendría una relación con otra cosa, siendo la impresión del pie de Viernes una cosa en la arena, y el cuerpo de Viernes una cosa distinta. Es la manera en la cual Viernes se ausentó de la playa (o más precisamente de cada una de las superficies de la playa donde su pie se posó) lo que constituye su huella sobre la arena. La estructura fenomenológica de un objeto semejante es ya compleja. Pero ella es aún más radical en el caso del

⁸ Pensamos aquí en una nota manuscrita de Saussure recientemente descubierta y que Derrida no podía conocer: “Paseando, sin decir nada, hago una marca en un árbol, como por distracción. La persona que me acompaña conserva la idea de esta marca y es indiscutible que inmediatamente le asocia dos o tres ideas mientras que yo no tenía otra idea que tomarle el pelo o divertirme. Toda cosa material es ya para nosotros *signo*: es decir, una impresión que asociamos a otras, pero la cosa material parece imprescindible. La única particularidad del signo lingüístico es que produce una asociación más precisa que cualquier otro signo y tal vez se comprenda que tenemos ahí la forma más perfecta de asociación de ideas, que no puede realizarse más que en un soma convencional” (Saussure, Ferdinand, *Écrits de linguistique, op. cit.*, p. 115 [trad. cast., pp. 110-111]).

lenguaje, puesto que en este caso podemos e incluso debemos hacer abstracción de la “substancia” para determinar estas huellas: es la manera en la cual se ausentan las palabras “bain” y “main” y “lin” lo que constituye la palabra “pain” y *viceversa*. Por lo tanto, los signos lingüísticos son necesariamente, para el estructuralismo, huellas de huellas. Derrida ve todavía una prueba suplementaria de ello en la definición del significante como “impresión psíquica del sonido”, e incluso como huella cerebral.⁹ Parece entonces que el dispositivo conceptual de Saussure reposa sobre una suerte de círculo, donde la noción de escritura interviene dos veces: por primera vez en el sentido clásico, empírico, de sistema de notaciones gráficas; por segunda vez en el sentido trascendental de huella originaria. El concepto de *archi-huella*, que algunos han encontrado incomprensible,¹⁰ no tiene otra intención que la de llamarnos la atención sobre esta doble posición, o este doble juego, de la noción de huella. Se vuelve a encontrar aquí el movimiento ya operante en el comentario que Derrida proponía de *El origen de la geometría*: la escritura no puede ser simplemente un *objeto* de ciencia, en la medida en que ella es también la *condición* de la ciencia misma.

Parece así que el estructuralismo lingüístico, según Derrida, produce un objeto teórico (la entidad diferencial y opositiva de la lengua) que excede los recursos conceptuales de la metafísica convencional, dado que efectivamente instala algo así como una estructura de remisión sin término primero ni resultado final. Pero, al mismo tiempo, recubre esta “monstruosidad” metafísica bajo el concepto mismo de “signo”, buscando con ello algo así como una unidad inmediata de sonido y de sentido, de la palabra y del pensamiento. La condena de la escritura sería, a la vez, un síntoma de este recubrimiento de su propio descubrimiento por parte de Saussure, y un recurso para ponerlo en evidencia, a riesgo de pasar por formulaciones paradójicas tales como: *en el origen era el no-origen...*

Se han formulado diferentes objeciones al programa filosófico de Derrida. Algunos han visto en él simplemente una repetición de un motivo hermenéutico clásico, aquel que hace del carácter inal-

⁹ Se podría agregar la idea de que la lengua es un “tesoro” y un “residuo”. Cf. Maniglier, Patrice, *La vie énigmatique*, op. cit., pp. 204-213.

¹⁰ Cf. Harris, Roy, *Saussure and his interpreters*, Edimburgo, Edinburg University Press, 2003, pp. 171-188 (“Derrida’s Saussure”).

canzable del sentido una propiedad esencial de este último. Es por el hecho de que no podemos asignar un sentido, que hay sentido, como algo continuamente reanudado, continuamente reformulado. Todo fenómeno de sentido supondría esta apertura esencial. Un sentido que pudiera ser encontrado efectivamente, dejaría de poseer sentido. Para que haya sentido, es necesario que siempre haya más sentido, un “sentido detrás del sentido” como decía Lévi-Strauss a propósito de Ricoeur. Esto equivale a decir que el sentido es *ideal*, en el sentido de Kant o de Husserl. Pero de este modo no se comprende el desplazamiento que opera aquí Derrida: no hace falta buscar el origen de los signos en la idealidad del sentido sino, por el contrario, buscar en la ontología misma del signo el origen de la idealidad misma del sentido: es debido a que todo signo es la huella de una huella que el sentido es ideal. Considero que esta inversión es esencial y profundamente fiel a la inspiración saussureana: la filosofía debe aceptar que los verdaderos problemas no estén allí donde ella los ha buscado siempre, en una especulación sobre la naturaleza del sentido, sino en estos fenómenos en apariencia tan modestos que atañen al tipo de objeto percibido que es el signo.¹¹

Otros han acusado a Derrida de extraer consecuencias metafísicas atronadoras de un fenómeno lingüístico que no reclama tanto: si los fonemas son puramente diferenciales y opositivos, es porque tienen por función diferenciar las significaciones. Éstas no constituyen, entonces, *entidades* puramente diferenciales y no plantean ningún problema ontológico extraordinario.¹² Pero me parece que Derrida está aquí mucho más próximo que sus censores de las apuestas metodológicas y empíricas de la lingüística. Pues ellos tendrían razón si el significado no fuera tan diferencial y opositivo como el significante. Ahora bien, la hipótesis de Saussure es precisamente que sí lo es, y toda una semántica estructural ha sido construida sobre esta hipótesis.¹³ Cuando digo “metro” tengo presente ante la mente imágenes de alguna cosa sólo porque este difiere de *tren*, de la misma manera que *autobús* difiere de *camión*, o *ruta* de *camino*. Ciertamente esta es una hipótesis empírica particular, y ciertos lingüistas, incluso “estructu-

¹¹ Cf. Maniglier, Patrice, *La vie énigmatique*, op. cit.

¹² Cf. Pavel, Thomas, *Le Mirage linguistique. Essai sur la modernité intellectuelle*, París, Les Éditions de Minuit, coll. “Critique”, 1988.

¹³ Cf. Rastier, François, *Sémantique interprétative*, París, PUF, 1987.

ralistas”, la rechazan, Jakobson y Martinet, para empezar. Pero es la razón por la cual es posible decir, de estos últimos, que no son estructuralistas, sino funcionalistas: para ellos el lenguaje es, en el fondo, un instrumento. No lo es sin embargo para Saussure y, en lo que a él le concierne, parece exacto decir que los signos son entidades positivas constituidas únicamente por la correlación de diferencias, en fin, de huellas, es decir, de huellas de huellas, es decir, de entidades respecto de las cuales cierta concepción del ser (como presencia) tendrá dificultades para dar cuenta.

¿Cómo comprender, en tal caso, la insistencia de Saussure sobre la “monstruosidad” de la escritura? ¿No debiera él reconocer en ella la monstruosidad de la lengua e incluso del signo en general? Sin ninguna duda, y esto es precisamente lo que hace, como vamos a mostrar en lo que sigue.

2. La escritura y el escándalo metafísico del lenguaje según Saussure

Sabemos hoy que los editores del *Curso* alteraron profundamente la estructura de las lecciones. Transformaron en exposición dogmática, axiomática y fundacional lo que era para Saussure un proceso crítico, partiendo de la práctica efectiva de los lingüistas (“mostrar al lingüista *lo que hace*”, decía Saussure en una célebre carta a Meillet) –práctica que no es otra que la del comparatismo– para poner de manifiesto el carácter problemático del *objeto* mismo que ellos produjeron (“mostrar para ello qué especie de objeto es la lengua”, decía la misma carta). Para comprender la situación de las observaciones de “lingüística general” de Saussure, es necesario recordar que él fue formado en Leipzig en los años 1870 en el momento del apogeo del movimiento de los “neogramáticos”. Estos últimos esperaban regularizar en cierto modo el *status* epistemológico de la lingüística para hacer de la misma una ciencia de observación y de inducción como las otras. Sus datos observables no serían otros que las maneras individuales de hablar, y el cambio se explicaría por las coacciones fisiológicas y psicológicas que se ejercen sobre los sujetos hablantes. Se oponían así a la hipóstasis de la lengua en vigor entre sus predecesores (en particular August Schleicher y Max Müller) quienes a partir del hecho de que las lenguas evolucionan

de manera regular sin que los sujetos hablantes se den cuenta de ello, creían poder concluir la idea de que ellas constituían una especie de organismos espirituales supra-individuales. Todo el proyecto de Saussure se inscribe contra esta normalización de la lingüística. Ninguno más que él ha tenido conciencia de la aberración que constituía la lengua misma, él que escribía: “Quienquiera que pose el pie sobre el terreno de la *lengua* puede decirse que es abandonado por todas las analogías del cielo y de la tierra”.¹⁴ Se trata para él de poner en evidencia el verdadero escándalo filosófico que los lingüistas descubrieron sin asumirlo ni incluso percibirlo.

Contrariamente a lo que se ha querido creer en los años sesenta, la reflexión sobre “el objeto de la lingüística” no depende de “ruptura epistemológica” alguna: esta reflexión no pretende ser axiomática sino *problemática*, y concierne de hecho a eso que nosotros denominaríamos *ontología*: se trata de mostrar que un descubrimiento positivo excede los recursos conceptuales disponibles para caracterizar el género de ser de los objetos sacados a la luz o producidos a través de una práctica teórica. Las notas manuscritas de Saussure son particularmente explícitas sobre este punto. Se habla sin cesar de “ser”, de “entidad”, de “esencia”, de “substancia”, etc. Cuando Saussure dice estar “muy lejos de querer hacer metafísica”, es para mostrar mejor que es el lenguaje mismo el que lo fuerza a plantear estas cuestiones:

Si no me equivoco, en otros ámbitos se puede hablar de los diferentes objetos contemplados, si no como de cosas que existen, al menos como cosas que resumen cualesquiera cosas o entidades positivas que puedan formularse de otro modo (a menos, quizá, que se lleven los hechos hasta los límites de la metafísica o de la cuestión del conocimiento, de lo que aquí, por supuesto, hacemos abstracción); en cambio, parece que la ciencia del lenguaje esté situada aparte: porque los objetos que tiene delante no tienen jamás realidad en sí mismos, o aparte de los otros objetos que se han de considerar; no tienen absolutamente ningún substrato de existencia fuera de su diferencia o DE LAS diferencias de toda clase que la mente puede unir a LA diferencia fundamental (pero cuya diferencia recíproca constituye toda la existencia de cada uno de ellos); pero sin que se salga por ninguna parte de este dato fundamentalmente negativo para siempre de la DIFERENCIA de dos términos, y no de las propiedades de un término.¹⁵

¹⁴ Saussure, Ferdinand, *Écrits de linguistique*, op. cit., p. 220 [trad. cast., p. 196].

¹⁵ *Ibid*, p. 65 [trad. cast., pp. 67-68]; cf. también p. 82 [trad. cast., pp. 83-84].

Se ve bien que el asunto no es solamente “óntico”, por hablar como Heidegger, es decir, que no se trata solamente de *calificar correctamente* lo que depende del lenguaje y lo que no depende del mismo, sino que es “ontológico”, es decir, que implica una reapertura de la cuestión misma del ser, del hecho de la extranjería de un “ente” singular, puesto en evidencia por una ciencia particular. Parece entonces que el proyecto general de Saussure tiene mucho que ver con el del propio Derrida: mostrar el exceso de un descubrimiento positivo sobre la conceptualidad metafísica que intenta esconderlo.

Ahora bien, resulta que, en los tres cursos, las reflexiones sobre la escritura forman parte de este movimiento crítico y sólo pueden ser comprendidas en este contexto. Se trata aún de mostrar que hay un “problema” en cuanto a lo que constituye los *datos* mismos de la lingüística, es decir, las “unidades” y las “identidades” que operan en el lenguaje. Saussure se inscribe en un doble rechazo: por una parte, a creer que las escrituras alfabéticas nos proporcionan un análisis correcto del flujo lingüístico (como lo hacían Bopp o Grimm al hablar de “letras” para designar los elementos sobre los cuales operan las mutaciones fonéticas); por otra parte, a creer que sería posible ubicarse frente a los actos de habla individuales y observarlos con toda neutralidad para encontrar allí unidades e identidades dadas. Invirtiendo el orden de presentación de las lecciones, las cuales iban desde la práctica de la lingüística (indo-europea) hasta la exposición de los problemas filosóficos que ellas ocasionan, los editores oscurecieron el sentido de las observaciones sobre la escritura. Más grave aún, ellos las separaron de la crítica de la fisiología fonética, a la cual estaban íntimamente asociadas tanto en el primer curso como en el tercero. Ahora bien, la crítica de la escritura sólo tiene sentido a condición de ser acompañada por la crítica de la utopía de una observación directa del lenguaje hablado, es decir, de la idea misma de fonética.

Esta crítica se puede resumir de la manera siguiente. Saussure muestra que la observación de las acciones articulatorias no nos proporciona ninguna unidad: el flujo articulatorio es, si no continuo, por lo menos articulado de una manera que no tiene nada que ver con las unidades que percibimos:

Si se pudieran reproducir por medio del cinematógrafo todos los movimientos de la boca y de la laringe que ejecutan una cadena de sonidos, sería imposible descubrir divisiones en esa secuencia de movimientos articulatorios: no se sabe dónde comienza un sonido y dónde acaba otro.¹⁶

El fonetista solo tendrá *algo para describir* si se sale del dominio de lo estrictamente observable, y se fía al “juicio del oído”, el único que le proporciona unidades. Estas unidades, sin embargo, no son sonidos concretos, a los cuales haría falta analizar desde el punto de vista de su sustancia física, sino “impresiones acústicas”, es decir, puros efectos cualitativos, sensaciones espirituales inducidas, como se sabe, por su asociación con un “concepto”. En fin, son entidades de *lengua*. La consecuencia que se deriva es la siguiente: no es posible prescindir de la hipótesis de la lengua para describir la actividad del lenguaje. En lugar de decir que una lengua es una abstracción estadística resultante de la imitación de modos de hablar por diferentes individuos concretos, resulta necesario decir que hablar es esencialmente hablar una lengua, es decir, realizar puras posibilidades preexistentes a su actualización. Aquí Saussure reintroduce el gran esquema de la pronunciación que había condenado en su análisis de la escritura, pero para hacerlo volver a aparecer con más fuerza: sí, hablar es pronunciar una virtualidad preexistente, pero no es necesario que una virtualidad tal sea un texto escrito para que ella sea ya operativa en el lenguaje:

Tal como oímos, *hablamos*. Sí señores, y jamás de otro modo que según la impresión recibida, pero recibida en nuestra mente y esta es la única soberana para decidir sobre lo que ejecutamos. Ella lo dirige todo, basta con considerarla para saber que la impresión será ejecutada, y, lo repito, es necesaria incluso para que haya una determinada unidad que ejecutar.¹⁷

Saussure es entonces conducido a reintroducir una suerte de hipótesis: la lengua como conjunto de entidades dobles, diferenciales y articuladas. Lo que descubre al estudiar los procedimientos de análisis fonológico de la “cadena hablada” es que hay realidades que sólo pueden ser comprendidas como *actualizaciones* (lo que

¹⁶ CLG, p. 63 [trad. cast., pp. 101-102].

¹⁷ Saussure, Ferdinand, *Écrits de linguistique*, op. cit., p. 247 [trad. cast., p. 221].

quiere decir, en el fondo, “pronunciaciones”), y las cuales por lo tanto exigen la separación entre entidades “virtuales”¹⁸ y procesos de actualización. Hay partes de lo real que sólo son reales porque son *actualizadas*. En fin, la lengua nos confronta con un problema ontológico. Es a este problema que el concepto de *signo* intenta responder, planteando que las unidades lingüísticas no son dadas sobre ningún plano de observación porque ellas son siempre dobles, negativas y sistemáticas.

3. La deconstrucción: una época en la historia del comparatismo

Nos parece entonces establecido que el *status* de la crítica de la escritura fue mal comprendido por Derrida: lejos de querer tranquilizarnos sobre la esencia del lenguaje, aquella tiene por objetivo forzarnos a no esquivar el problema a la vez metodológico y metafísico que plantea la lingüística. Pero, ¿qué habría que decir, a fin de cuentas? ¿Acaso que se podrían retomar todas las operaciones que Derrida efectúa sobre el texto de Saussure a título de su deconstrucción y atribuir las al propio Saussure? El interés de un razonamiento semejante sería seguramente bastante pobre. Además, revelaría una profunda incompreensión del espíritu mismo de la deconstrucción, la cual no pretende operar sobre el texto desde el exterior, sino que reposa sobre la hipótesis según la cual el texto se deconstruye a sí mismo. Esto sería entonces, en el mejor de los casos, una confirmación de la lectura de Derrida.

Pero mostrar que la cuestión de la escritura es ya para Saussure síntoma de la singularidad metafísica del lenguaje, es procurarse los medios de reinscribir la empresa del propio Derrida en una historia diferente de la que ella se da a sí misma: esta historia no es más aquella, enteramente especulativa, del ser, sino esta otra, primariamente científica, del comparatismo. A continuación se podrá plantear la cuestión de saber cuál, si el concepto de signo puesto de relieve por Saussure o el concepto de archi-huella propuesto por

¹⁸ Cf. CLG, p. 98 [trad. cast., p. 142], nota del editor: “La imagen acústica es, por excelencia, la representación natural de la palabra, en cuanto hecho de lengua virtual, fuera de toda realización por el habla” [se trata de un comentario de los editores del curso, Bally y Séchéhay, n. del t.].

Derrida, permite enunciar mejor el problema metafísico que el comparatismo suscitó a pesar suyo.

Tres puntos merecen ser señalados aquí. El primero concierne a las relaciones de la filosofía con los saberes positivos. A veces parece que Derrida quisiera, a la manera de Heidegger, mostrar que la ciencia está ella misma bajo la dependencia fatídica de decisiones metafísicas tomadas milenios antes: “la filosofía frente a la lingüística...”.¹⁹ Pero creo que es necesario resistir a esta lectura demasiado heideggeriana: si Derrida nos interesa tanto, es justamente porque vio que el proyecto de las ciencias humanas, tal como se redefinió a través del “estructuralismo”, o más exactamente, la “semiología”, escapa *de facto* a la conceptualidad metafísica por la cual se define la ciencia como relación a un *objeto*. Derrida prolongó la obra de Saussure en el sentido de que buscó medir la importancia del cuestionamiento de la naturaleza de la objetividad implicada en la producción de un cierto tipo de “objeto” teórico, el de la lingüística. De esta manera, Derrida saca verdaderamente a la tradición fenomenológica del reducto trascendental en el cual continuamente corría el riesgo de quedar encerrada, a riesgo de inscribirse en una actitud “reaccionaria” (tanto en las críticas de la técnica por Heidegger como, de manera más compleja, en las críticas del proyecto de las ciencias positivas por Husserl en la *Krisis*, resuena, es necesario decirlo, el escándalo). Este cuestionamiento desestabiliza la posición soberana del pensamiento filosófico que aprehendería por sí solo las junturas de la historia mundial mientras que todas las otras prácticas humanas, sobre todo aquellas asociadas a la “modernidad”, permanecerían encerradas en una suerte de jaula metafísica de la cual ellas ignoran la naturaleza. Creo que el proyecto de Derrida es, en su mejor versión, exactamente lo inverso de este: se trata siempre de darse cuenta de la importancia de los *excesos efectivos* sobre la metafísica.

El segundo punto concierne al punto-fuente de este exceso en el caso de la lingüística estructural, es decir el *comparatismo*. Comprender que la crítica de la escritura en Saussure es un instrumento para poner de manifiesto el problema ontológico que plantea el len-

¹⁹ Es el subtítulo de un capítulo de *Márgenes* (Derrida, Jacques, *Marges de la philosophie*, París, Les Éditions de Minuit, 1972 [*Márgenes de la filosofía*, trad. Carmen González Marín, Madrid, Cátedra, 1994]).

guaje, y no su obstrucción, nos obliga a releer, a la vez, a Saussure y a Derrida en el camino del descubrimiento comparatista. Lo que los lingüistas descubrieron es la posibilidad de reconstruir lenguas desaparecidas desde hace tiempo, de las cuales no poseemos rigurosamente ningún testimonio, pero de las cuales podemos, sin embargo, reconstituir inmensas partes *comparando* una pluralidad de lenguas presentes. Es así que se puede reconstruir el indoeuropeo, lengua no documentada del sexto milenio, comparando el latín, el griego, el alto alemán, el sánscrito, etc. No se insiste suficientemente en nuestros días, convencidos como estamos del carácter simplemente superado de esta lingüística –y superado, precisamente, por el estructuralismo–, sobre lo extraordinario de este descubrimiento. Este significa nada menos que una concepción enteramente nueva de la historia y del acontecimiento. Establece la posibilidad de una historia sin documento positivo, que procede únicamente constituyendo múltiples fenómenos como variantes alternativas las unas de las otras para encontrar allí las huellas de una unidad anterior: es porque el indoeuropeo devino el latín, el griego, etc., que se lo puede reconstituir. Pero, ¿qué es lo que se reconstituye entonces? No una cierta manera de hablar, sonidos particulares, sino más bien una cierta estructura. Esto es exactamente lo que hizo el propio Saussure en el libro que lo volvió inmediatamente célebre a la edad de 21 años, su *Memoria sobre el sistema de las vocales*, donde establece que en indoeuropeo debían existir cuatro formas de *a*, y no tres como se creía hasta entonces. Es imposible saber si estas *a* sonaban efectivamente como *aes*; podía tratarse de sonidos totalmente diferentes; en compensación, se puede establecer el *número* y la *función* de las vocales –en fin, su estructura. De ahí la definición, sorprendentemente “moderna”, que Saussure proponía del fonema en la *Memoria*: “elemento de un sistema fonológico donde, cualquiera que sea su articulación exacta, es reconocido como diferente de todo otro elemento”.²⁰ Por lo tanto, lo que conduce a Saussure a plantear el carácter no empírico de los valores lingüísticos es la posibilidad de que realizaciones empíricas totalmente distintas puedan revestir en realidad el mismo valor, es decir, de que sean metamorfosis las unas de las otras, e, inversamente, la posibilidad de que una única realización empírica pueda corresponder en realidad a valores di-

²⁰ Saussure, Ferdinand, *Recueil des publications scientifiques*, editado por Charles Bally y Léopold Gautier, Ginebra-París, Slatkine Reprints, 1984 [1922], p. 114.

ferentes. Esta es también la razón por la cual él cree poder decir de la lengua que ella tiene un carácter “algebraico”. En efecto, un signo no es tanto un tipo empírico como una correlación entre límites de variación. Así, el fonema debe ser definido por la manera en que una cierta variabilidad articulatoria es compatible con una cierta variabilidad acústica:

Por ahí vemos que todas las cuestiones de posibilidad (de imposibilidad) que constituyen el fondo de la fonología combinatoria, en un sistema bien hecho, tendrían que revestir no la forma de la regla que, admitiendo un punto de partida dado, parece implicar que, una vez sus límites franqueados, nos encontraremos en otro caso determinado por la fuerza del mismo dato, sino exactamente la de la ecuación algebraica que, fuera del equilibrio de algunos términos, ignora lo que puede ocurrir si se sobrepasan.²¹

El tercer punto deriva del segundo. Para Derrida, en efecto, el gran descubrimiento del estructuralismo es el del carácter diferencial del signo. Pero se ve que esto es aquí para Saussure solo la respuesta a un problema más profundo: el de la eficacia del gesto comparatista y del género de objeto que produce. Hacer esta observación es quizás proponer una historia del estructuralismo completamente diferente, en la cual el trabajo textual y conceptual de Derrida estaría atrapado, sin que él hubiera tenido los medios de identificarla correctamente. Ya no se trata tanto aquí del problema de la identidad y de la diferencia, sino más bien del de lo uno y lo múltiple. Lo que descubre el comparatismo es que hay una positividad de lo múltiple como tal. La variación, en efecto, en lugar de ser un obstáculo a la investigación científica, deviene su instrumento privilegiado: es porque el latín es el francés, el italiano y el español, que puede constituir el objeto de un conocimiento; solamente esta variación nos dice cuáles eran finalmente los valores activos en latín. Lejos de deber concluir, con Montaigne, nuestra ausencia de “comunicación con el ser” a partir de la variabilidad de las costumbres humanas, debemos, por el contrario, definir el ser mismo como *aquello que varía*, aquello que sólo existe a través de múltiples variantes. Ya no se trata de rebasar esta

²¹ Saussure, Ferdinand, *Écrits de linguistique*, op. cit., p. 251 [trad. cast., p. 224].

variación hacia lo invariante, sino de encontrar, en las alternativas que cada realización propone de la otra, la única verdad que se puede enunciar sobre ella. Si alguna vez hubo una inversión del platonismo, esta es quizás la más radical: no porque renuncie al proyecto ontológico sino, al contrario, porque separa la noción de ser de la de invariante, para identificarla con la de variedad. Si esta interpretación de la historia del estructuralismo es exacta, parece entonces que la deconstrucción de Derrida no se inscribe en la larga, y fundamentalmente especulativa, historia del ser, sino en una historia relativamente corta y bajo la dependencia de un descubrimiento positivo, que es la de la conmoción metafísica que las disciplinas comparatistas impusieron, subterránea pero firmemente, al conjunto del pensamiento. Lo que irrumpió en el pensamiento, y que resulta estar en exceso sobre la metafísica, es, extrañamente, el indo-europeo, y con él la noción de *variedad*.

4. ¿Signo o Archi-huella?

El diálogo entre Saussure y Derrida debe ser retomado sobre el trasfondo de esta cuestión que viene de más lejos que cada uno de ellos. Dos preguntas surgen aquí: 1) la afirmación, comprobada en Saussure, de una autonomía de la oralidad con respecto a la escritura, ¿se encuentra justificada con relación a la de la radicalidad metafísica que él mismo reivindica? 2) el concepto de “signo” por el cual él buscará sostener esta radicalidad, ¿no la traiciona de hecho, y no hace falta para reemplazarla el concepto paradójico de “archi-escritura” que Derrida propone?

Hace falta corregir algunos puntos precisos de la interpretación de Derrida, a fin de no enredarse con falsos problemas. Para empezar, Saussure no pretende que la escritura deba reproducir fielmente la palabra. Por el contrario, quiere establecer su independencia. Esta es, por cierto, la razón por la cual no es favorable a una reforma de la ortografía. No desconoce tampoco el carácter de sistema semiológico autónomo de la escritura, ni siquiera cuando la “critica”; por el contrario, se trata precisamente de establecer esto, a fin de separarla de la oralidad:

el estudio de la ortografía sería entonces un estudio social al mismo tiempo que semiológico. Este estudio sería evidentemente

te muy interesante, pero a condición de estar separado de la semiología hablada que no se puede reunir con ella en una unidad imaginaria. *Nos confinaremos resueltamente, por lo tanto, a la lengua hablada.*²²

Estas son, dice él, dos tradiciones separadas, que evolucionan cada una por su lado. Entonces, precisamente porque se trata de dos sistemas distintos, no se debe confundir el uno con el otro. Desde este punto de vista, se puede invertir la argumentación de Derrida: es precisamente porque la escritura no tiene que representar la palabra que es necesario separarla del análisis de la palabra, y estudiar cada sistema por sí mismo.

Del mismo modo, por supuesto, él no condena moralmente las evoluciones teratológicas como *Lefébure*, sino que se contenta con afirmar el carácter excepcional de ello desde el punto de vista de la evolución fonética.²³ Más aún: acepta que se pueda considerar tales evoluciones como “normales” en un contexto largamente alfabetizado, y llega a decir que son las leyes fonéticas mismas las que se transforman:

Siendo general el error sugerido por la escritura, se puede decir que las leyes fonéticas se transforman cuando la lengua hablada se adjunta a un sistema de signos escritos. Se tienen en la lengua, entonces, dos ejes semiológicos; incluso si se considera a estos fenómenos de falsificación como regulares y no como patológicos, se tienen dos ciencias lingüísticas y es necesario considerar la lengua hablada de manera por completo separada de la lengua escrita.²⁴

No se trata, por lo tanto, de rechazar tales fenómenos. Por el contrario, Saussure insiste sobre la necesidad de tomar en cuenta la escritura para comprender la evolución de las lenguas alfabetizadas (“no se puede negar toda importancia a la escritura”;²⁵ “estamos obligados a tener en cuenta la lengua literaria, escrita”).²⁶ Lo que

²² Saussure, Ferdinand, *Cours de linguistique générale. Premier et troisième cours d'après les notes de Riedlinger et Constantin*, Tokio, Universidad Gakushuin, 1993, p. 23.

²³ Así, precisa en las lecciones: “Bien entendido, solo fijamos allí un juicio científico” (*Ibid.*, p. 22).

²⁴ *Ibid.*, pp. 21-22.

²⁵ *Ibid.*, p. 12.

²⁶ *Ibid.*, p. 14

Saussure quiere decir entonces a propósito de la escritura, es que existe una semiología de la palabra que es *de derecho* independiente de la de la escritura, que el habla (*parole*) tiene leyes que la escritura no conoce, e inversamente. Esto no quiere decir ni que no se pueda hacer una semiología de la escritura, ni incluso que no haya muchas cosas interesantes para decir sobre las particularidades de las lenguas alfabetizadas. Sin embargo, ello no impide que lo esencial de los lenguajes humanos no depende de la escritura, ya sea porque algunos jamás han sido escritos, o bien porque la tradición oral continúa su camino de manera independiente, incluso en un contexto alfabetizado.

Pero entonces surge la verdadera pregunta: ¿cómo puede Saussure decir a la vez que estos son dos sistemas semiológicos distintos y que uno debe ser subordinado al otro? El tercer curso es particularmente virulento sobre este punto: “La lengua y la escritura son dos sistemas de signos, de los cuales uno tiene por misión «únicamente» la de representar al otro. [...] Uno es sólo la sirvienta o la imagen del otro”.²⁷

Del mismo modo escribe en el primer curso:

El objetivo del alfabeto es fijar mediante signos convencionales lo que existe en la palabra. No hay dos clases de palabras (por lo menos en toda escritura fonética y no puramente ideológica como el chino); la palabra escrita no está coordinada con la palabra hablada sino que le está subordinada. *La preeminencia vuelve entonces de derecho a la palabra hablada sobre la palabra escrita.*²⁸

¿En qué sentido entender esta subordinación? ¿Por qué una solo puede ser la imagen de la otra? ¿No es esto contrario a la noción misma de signo que él mismo construye?

Pero, ¿hay verdaderamente una contradicción entre decir que la escritura es un sistema semiológico, y decir que su función es representar la lengua oral? No lo creo. La arbitrariedad del signo lingüístico, por ejemplo, no significa que el lenguaje no tiene nada que ver con el mundo; bien al contrario. Significa antes que nada que no se debe explicar un signo por su relación aislada con una idea (o una cosa), sino por la estructuración recíproca de dos continuos, que

²⁷ *Ibid.*, p. 249.

²⁸ *Ibid.*, p. 15.

Hjelmslev, siguiendo a Saussure, llama “sustancias”, produciendo dos sistemas (o “formas”) emergentes, de expresión (significante) y de contenido (significado). Significante y significado no se dan exteriormente uno respecto del otro: el “sentido” es una dimensión *interior* del significante, e inversamente. En fin, el signo es una sinestesia, un “pensamiento-sonido”, un tercer percepto totalmente original.²⁹ De la misma manera, el error sería creer que un signo gráfico representa un signo oral aisladamente, es decir, que el *significado* de un signo gráfico está ya dado en el *significante* oral, a pesar de que el sonido que se lee (la manera en la que una grafía suena para nosotros) es propio a la escritura: toda escritura lingüística es también una sinestesia, una habla-grafía (*parole-graphie*). Esto no quiere decir que la escritura no tenga ninguna relación con el habla (*parole*). Lo que quiere decir es que la escritura trata a la propia *forma* oral como una *sustancia* a analizar, y que la analiza por medio de otra sustancia, la sustancia gráfica, de donde resultará una nueva forma. La particularidad de la escritura respecto a la palabra es entonces que su *sustancia de contenido* es ya una *forma de expresión*. Es en este sentido que se puede decir de la escritura que ella es una “representación”, es decir, de hecho un sistema *segundo*. La representación del habla (*parole*) por la escritura no es, por lo tanto, contradictoria con la dimensión semiológica de ésta, sino solamente una manera de dar cuenta de que se trata de un sistema semiológico que reestructura una experiencia ya estructurada por otro sistema semiológico.

Pero aquí se toca la cuestión más profunda. Pues se podría objetar, y con razón, que la tesis de Derrida es precisamente que *todo* sistema de signos es ya *segundo*, que todo sistema capaz de producir sentido es ya de este orden. La tesis dice sencillamente que un sistema simbólico no viene jamás solo: que siempre opera sobre, al menos, otro sistema simbólico, el que a su vez, etc. Si Derrida afirma que la escritura es un mejor modelo que la oralidad para pensar el signo en su generalidad, es precisamente porque la escritura es un sistema *segundo*, que reposa sobre la deconstrucción-reconstrucción de otro, y que no hay signo sin este movimiento de “representación”. Lo que se rechaza, por lo tanto, es la idea de que la sustancia de contenido de la lengua oral no sea *también* ya la forma de expresión de otro sistema semiológico.

²⁹ Cf. Maniglier, Patrice, *La vie énigmatique*, op. cit.

Se trata, a decir verdad, de una tesis empírica, que sería necesario poner a prueba. Pero sólo se puede estar impresionado de cuán fiel es ella, en realidad, a ciertas intuiciones fundamentales del estructuralismo. Así, Lévi-Strauss, al hablar de la cultura como de un *sistema de sistemas simbólicos* en desfasaje los unos con los otros,³⁰ del *bricolaje* como esencia del pensamiento salvaje,³¹ o del mito como de un sistema segundo, orientado no hacia la cara significativa de las lenguas naturales como la escritura, sino hacia su cara significada.³² Así, el concepto de estructura con niveles en Althusser,³³ o las “comunicaciones aberrantes” entre las facultades en Deleuze, o las relaciones complejas de lo “visible” y lo “decible” en Foucault, etc. Pero Saussure mismo compara la lengua con un “traje cubierto de remiendos hechos con su propio paño”³⁴ o aún con un “mecanismo que continúa funcionando a pesar de los deterioros que se le causan”,³⁵ incluso con “el hormiguero cuando se clava un palo e inmediatamente se reparan las brechas”.³⁶ De una manera general, insiste a menudo sobre el hecho de que la lengua no cesa de reconstruirse sobre sus propios despojos, de reinterpretarse a sí misma, de manera que la historia de las lenguas es un movimiento por el cual materiales formados se convierten para la generación siguiente en sustancias a interpretar:

Quando surgen formas nuevas, como acabamos de ver, todo ocurre por descomposición de formas que existen y recomposición de otras formas por medio de materiales proporcionados por las primeras.³⁷

³⁰ Cf. Lévi-Strauss, Claude, “Introduction à l'œuvre de Marcel Mauss”, en Mauss, Marcel, *Sociologie et anthropologie*, París, PUF, 1995 [“Introducción a la obra de Marcel Mauss”, en Mauss, Marcel, *Sociología y antropología*, trad. Teresa Rubio de Martín-Retortillo, Madrid, Tecnos, 1979].

³¹ Cf. Lévi-Strauss, Claude, *La Pensée sauvage*, París, PUF, 1962 [*El pensamiento salvaje*, trad. Francisco González Arámburo, México, FCE, 1984], cap. I.

³² Cf. Lévi-Strauss, Claude, *Mythologiques IV. L'homme nu*, París, Plon, 1971 [*Mitológicas IV*, trad. Juan Almela, México, Siglo XXI, 2000], “Final”.

³³ Puede leerse sobre este punto el libro admirable de Lucien Sebag (Sebag, Lucien, *Marxisme et structuralisme*, París, Payot, 1964 [*Marxismo y estructuralismo*, trad. de Ignacio Romero de Solís, Madrid, Siglo XXI, 1969]), donde este produce el encuentro entre Lévi-Strauss y Althusser.

³⁴ CLG, p. 235 [trad. cast., p. 306].

³⁵ Maniglier no referencia esta cita. Puede hallarse una versión ligeramente diferente en CLG, p. 124 [trad. cast. p. 172] [n. del t.].

³⁶ Saussure, *Écrits de linguistique*, op. cit., p. 267 [trad. cast., p. 238].

³⁷ *Ibid.*, p. 191; [trad. cast., p. 171].

Pudimos mostrar en otro sitio que para Saussure un sistema está siempre *rehaciéndose*, siendo trabajado entonces por una secundariedad esencial, y esta es la razón por la cual no hay *origen* del lenguaje.³⁸ Parece, por lo tanto, que Derrida toca aquí un punto fundamental, que se encuentra en el corazón no sólo de los arcanos del pensamiento saussureano, sino también de su herencia “estructuralista” en sus puntos más agudos de los años sesenta. Él pone el acento sobre la doble exigencia con la cual es confrontado el estructuralismo: mantener *a la vez* una cierta inmanencia de la determinación de los signos en el seno de los sistemas y la comunicación de estos sistemas los unos con los otros. Es quizás este problema el que explica el punto de inflexión interior por donde el estructuralismo ha siempre ya comenzado a confundirse con su “post”.

En tal caso, ¿se debe reemplazar decididamente el concepto de “signo” por el de “huella”? No es seguro que se salga ganando realmente. Hay, en efecto, tres cosas que se deben poder pensar juntas, si se quiere conceptualizar la *esencia* de este objeto teórico inaudito producido por el comparatismo, pero que también hay que distinguir correctamente, y que la noción de huella que Derrida utiliza tiende a confundir. Para empezar, el carácter diferencial y sistemático de las unidades del lenguaje; luego, el carácter doble de estas diferencias; por fin, el carácter intrínsecamente segundo, “bricolado”, deconstruido y reconstruido, de todo sistema, es decir, el hecho de que toda estructura sea reestructuración de otra estructura y, antes que nada, de ella misma. Si la noción de huella captura bien la primera, ella trata bastante mal a las dos últimas. La segunda es absolutamente esencial. Ella corresponde a lo que Saussure denomina “la esencia doble” del lenguaje, y a lo que Hjelmslev llama la “biplanidad”, propiedad que distingue, a su entender, los sistemas auténticamente semióticos de los lenguajes de fórmulas.³⁹ Ella significa que una diferencia no viene jamás sola, sino que ella es siempre doble: un fonema no remite solamente a otros fonemas, sino que depende de una diferencia entre significados, y viceversa. Ciertamente, Derrida parece decir algo por el estilo cuando afirma que toda huella es huella de huella. Pero si se desea hablar de huella aquí, es neces-

³⁸ Cf. Maniglier, Patrice, *La vie énigmatique*, op. cit., pp. 361-369.

³⁹ Cf. Hjelmslev, Louis, *Prolégomènes à une théorie du langage*, trad. Fr. Canger Una, París, Les Éditions de Minuit, 1971 [1943], [*Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, trad. José Luis Díaz de Liaño, Madrid, Gredos, 1984], pp. 139-143.

rio al menos darse cuenta de que se trata de un proceso por el cual cada huella holla a la otra, un poco a la manera del dibujo de Escher en el que dos manos se dibujan recíprocamente. Mejor aún, haría falta poder imaginar un dibujo donde una mano humana traza (*tracce*) una pata de lobo que ella misma traza un ordenador que traza la primera mano humana (con tantos intermediarios como usted quiera, y sobre todo, la separación por las relaciones laterales de la mano con otras manos que dibujan ellas también otras patas de lobo, etc.). Se ve que la estructura de este objeto es más compleja incluso que la de una temporalización en varios niveles.

Lo mismo vale para la tercera propiedad: la noción de huella sólo la captura sacrificando su complejidad. Ella está bien presente en Saussure, pero está asociada allí a una distinción de *niveles* en el seno mismo de la lengua, entre lo que él llama *diferencias* y lo que llama *oposiciones*, distinción que corresponde a lo que los lingüistas llaman, desde Martinet, la “doble articulación” del lenguaje. Si la lengua es siempre una suerte de representación, se debe a que las *oposiciones* entre los signos globales (entidades dobles) pasan por *diferencias* que se pueden repetir de un signo al otro: por ejemplo la misma diferencia opera entre *pain* y *bain* que entre *pal* y *bal* (igualmente, del lado significado, entre *metro* y *tren* y entre *autobús* y *camión* o *calle* y *ruta*). Así como el nivel de las oposiciones es puramente formal (es decir, que se puede en teoría hacer abstracción de todo rasgo substancial), así también el nivel de las diferencias es todavía parcialmente substancial (se trata de diferencias cualitativas, seleccionadas por su asociación con otras diferencias cualitativas). Saussure se esfuerza por mostrar que el instinto lingüístico no cesa de reconstruir el sistema formal de las oposiciones (de los valores) a partir de diferencias cualitativas tales que ellas son producidas en un cierto contexto lingüístico, y espera incluso encontrar en este mecanismo de “poselaboración” o “posmeditación-reflexión”⁴⁰ el principio fundamental del cambio lingüístico. De este modo, precisamente porque solo importa la conservación de ciertas diferencias (u oposiciones) entre los términos, los sujetos tienen una gran libertad de pronunciación. Es así que el plural de las lenguas germánicas puede variar, *fôti* deviniendo *fêti* después *fêt* o *feet*, igualmente que *têthi* deviene *teeth*, etc. Pero esta libre variación produce una nueva

⁴⁰ Saussure, Ferdinand *Écrits de linguistique*, op. cit., pp. 87-88 [trad. cast., p. 88].

oposición, que ya no se funda sobre el añadido de una desinencia final, sino sobre una alternancia del radical: los sujetos parlantes que nacen en este contexto van a *interpretar* esta variación cualitativa como una nueva oposición de valor, la oposición singular/plural que no está desde entonces marcada por la desinencia, sino por la alternancia. Es, por lo tanto, el mecanismo gramatical en su totalidad el que ha cambiado, a causa del doble juego entre, de un lado, una variación relativamente libre de diferencias y, del otro, una interpretación de oposiciones formales sobre estas diferencias. Se ve que Saussure explica entonces el cambio lingüístico por este fenómeno de representación interna de la lengua por ella misma, a causa del carácter doblemente determinado como diferencias y como oposiciones, de las entidades de la lengua.⁴¹

Se ve entonces que el concepto de archi-huella es demasiado simple para dar cuenta de la ontología descubierta por el comparatismo, que es a la vez diferencial, dual y doblemente articulado. En compensación, se le debe reconocer a Derrida el mérito de haber visto claramente que el problema le incumbía a la ontología, y de haber mantenido abierto, de este modo, el trabajo de *escritura* que Saussure, por razones esenciales, no había logrado plasmar en la forma de un libro. Por lo tanto, que el concepto de huella no sea quizás satisfactorio solo quiere decir que este trabajo de escritura no está terminado aún: es un problema también para nosotros, hoy en día.

Es cierto que una última observación se impone aquí. Si Derrida utiliza las nociones de huella, de escritura y de archi-escritura, es también porque no piensa que esta crisis ontológica deba resolverse por la sustitución de una ontología por otra. Ella solo puede ser continuada por la desestabilización de las parejas opositivas de la tradición metafísica. La cuestión es aquí estratégica, ella compromete en realidad a toda una concepción de la práctica filosófica. De un lado, una apuesta deconstructiva, del otro, una apuesta constructiva. A Derrida habría que oponerle aquí sobre todo a Deleuze: es él sin duda el que se propuso construir esta otra metafísica que se-

⁴¹ Sobre todo esto, estoy obligado a reenviar a mi propia obra (Maniglier, Patrice, “L’être du signe. Linguistique et philosophie dans le projet sémiologique de Ferdinand de Saussure”, Thèse de doctorat, Paris X Nanterre, 2002); en particular, sobre la distinción de la diferencia y de la oposición, cf. pp. 298-333, y sobre su uso en la explicación del cambio, cf. pp. 422-429.

ría adecuada a la radicalidad ontológica del concepto saussureano de signo, y más allá de ella, de la invención comparatista. La elección entre estas estrategias no podría ser, sin embargo, puramente conceptual. La misma involucra también la cuestión de la *eficacia*: cuál de entre ellas sabrá preservar y prolongar mejor la creatividad teórica de las ciencias comparatistas. No se trata solamente aquí de “salvar los fenómenos”, sino también de hacer ver de nuevo, de dirigir hacia nuevos formalismos, que no sacrificarían la naturaleza del objeto en el nombre de su “modelización”, en fin, de instalar las condiciones de un diálogo fecundo entre las ciencias, las disciplinas formales (es decir, ante todo la matemática), la filosofía e incluso las artes o la poesía. Pero la evaluación del éxito de estas estrategias nos conduciría mucho más allá de los años sesenta: los decenios que siguen serán, en efecto, aquellos donde se verá a estas operaciones filosóficas ser volcadas en las ciencias humanas e incluso formales (piénsese en la suerte de la deconstrucción en el campo de los *estudios* anglófonos o, en un registro completamente distinto, en el uso de Deleuze por Jean Petitot en su tentativa de formalización del estructuralismo), aquellos también donde se verá una intervención más directa de estos autores en estos campos (piénsese en Deleuze con Guattari en *El anti-Edipo* y *Mil mesetas*), aquellos que nos conducen, finalmente, a las cuestiones que son las nuestras hoy en día: las de una herencia *activa* de los años sesenta.

Bibliografía

- Bouquet, Simon, *Introduction à la lecture de Saussure*, París, Payot & Rivages, coll. «Bibliothèque scientifique Payot», 1997.
- (dir.), *Saussure*, París, Éditions de l'Herne, 2003.
- Derrida, Jacques, *Positions*, París, Les Éditions de Minuit, 1972
- , *Marges de la philosophie*, París, Les Éditions de Minuit, 1972 [*Márgenes de la filosofía*, trad. Carmen González Marín, Madrid, Cátedra, 1994].
- Fehr, Johannes, *Saussure entre linguistique et sémiologie*, trad. fr. Pierre Caussat, París, PUF, 2000 [1997].
- Godel, Robert, *Les sources manuscrites du Cours de linguistique générale de F. de Saussure*, Ginebra-París, Droz-Minard, 1957.
- Harris, Roy, *Saussure and his interpreters*, Edimburgo, Edinburgh University Press, 2^o ed., 2003.
- Hjelmslev, Louis, *Prolegomènes à une théorie du langage*, trad. Fr. Canger Una, París, Les Éditions de Minuit, 1971 [1943] [*Prolegómenos a una teoría del lenguaje*, trad. José Luis Díaz de Liaño, Madrid, Gredos, 1984].
- Lévi-Strauss, Claude, *La Pensée sauvage*, París, PUF, 1962 [*El pensamiento salvaje*, trad. Francisco González Arámburo, México, FCE, 1984].
- , *Mythologiques IV. L'homme nu*, París, Plon, 1971 [*Mitológicas IV*, trad. Juan Almela, México, Siglo XXI, 2000].
- , “Introduction à l'oeuvre de Marcel Mauss”, en Mauss, Marcel, *Sociologie et anthropologie*, París, PUF, 1995 [“Introducción a la obra de Marcel Mauss”, en Mauss, Marcel, *Sociología y antropología*, trad. Teresa Rubio de Martin-Retortillo, Madrid, Tecnos, 1979].
- Maniglier, Patrice, «L'être du signe. Linguistique et philosophie dans le projet sémiologique de Ferdinand de Saussure», Thèse de doctorat, París X Nanterre, 2002.
- , *La Vie énigmatique des signes. Saussure et la naissance du structuralisme*, París, Léo Scheer, 2006.
- Milner, Jean-Claude, *Le périple structurel. Figures et paradigmes*, París, Éditions du Seuil, 2002 [*El periplo estructural*, trad. Irene Agoff, Buenos Aires, Amorrortu, 2003].

- Pavel, Thomas, *Le Mirage linguistique, Essai sur la modernité intellectuelle*, París, Les Éditions de Minuit, coll. "Critique", 1988.
- Rastier, François, *Sémantique interprétative*, París, PUF, 1987.
- Saussure, Ferdinand, *Cours de linguistique générale (tome 1)*, edición crítica de Rudolf Engler, Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1967.
- , *Cours de linguistique générale*, París, Payot, 1972 [1916] [*Curso de lingüística general*, trad. Amado Alonso, Buenos Aires, Losada, 2012].
- , *Cours de linguistique générale (tome 2)*, edición crítica de Rudolf Engler, Wiesbaden, Otto Harrassowitz, 1974.
- , *Recueil des publications scientifiques*, editado por Charles Bally y Léopold Gautier, Ginebra-París, Slatkine Reprints, 1984 [1922].
- , *Cours de linguistique générale. Premier et troisième cours d'après les notes de Riedlinger et Constantin*, Tokio, Universidad Gakushuin, 1993.
- , *Écrits de linguistique générale*, París, Gallimard, 2002 [*Escritos sobre lingüística general*, trad. Clara Ubaldina Lorda Mur, Barcelona: Gedisa, 2004].
- Sebag, Lucien, *Marxisme et structuralisme*, París, Payot, 1964 [*Marxismo y estructuralismo*, trad. Ignacio Romero de Solís, Madrid, Siglo XXI, 1969].
- Utaker, Arild, *La Philosophie du langage, une anthropologie saussurienne*, coll. «Pratiques théoriques», París, PUF, 2002.